

## CONTEMPLATIVOS EN LA ACCIÓN.

**Introducción.** Vivo convencido de que nuestra vida está rodeada de tesoros que merecen la pena, pero que muchas veces aparecen ocultos en medio de lugares y de caminos que recorremos diariamente, y hasta que los descubrimos permanecen ocultos. Nuestras experiencias diarias nos hablan de expectativas y decepciones, y reconocer como nuestras búsquedas no son un error, ni son una pérdida de tiempo. Los cuarenta años que tardó el pueblo de Israel para llegar de Egipto a la tierra prometida no fueron un error. Fueron necesarios. Si hubieran llevado un GPS en poco más de dos meses habrían llegado. Pero la conciencia de ser el pueblo de la alianza se forjó a lo largo de esos años. Lo mismo pasa con nuestro proceso de crecimiento y de desarrollo. Sería muy fácil descubrir nada más nacer a qué vamos a dedicar nuestras vidas y que personas formarán parte de ella. Pero ya no habría emoción. El exceso de programación y de previsión nos robaría algo esencial en nuestras vidas. La ilusión de lo que nos sorprende, de lo que nos descoloca, el aprendizaje tras la caída, lo compasivos y misericordiosos que nos volvemos con nuestros propios traspiés. La empatía que nace del compartir sufrimientos. Todo eso se lo debemos al barro que envuelve los tesoros. Cada búsqueda a lo largo de la vida nos ha servido, y nos ha preparado, para la siguiente. Ojalá que reconozcamos como Dios acompaña nuestras búsquedas, y entre sombras y luces nos conduce al verdadero lugar del encuentro con el tesoro. Que en muchos casos está fuera de nosotros y en muchos otros está dentro.

**Lo que Dios nos dice. “El reinado de Dios se parece a un tesoro escondido en un campo: lo descubre un hombre, lo vuelve a esconder y, lleno de alegría, vende todas sus posesiones para comprar aquel campo.” Mt 13,44.**

Hay tesoros que embellecen, que expanden, que se comparten, que son difusivos de sí mismos. Y hay tesoros que afean, que arrugan que avejentan, que convierten en caricatura al propietario de dicho tesoro. Me viene a la cabeza Golum el siniestro personaje del Señor de los anillos. Que tiene una vida desastrosa por perseguir el anillo.

**“En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos: “No acumulen ustedes tesoros en la tierra, donde la polilla y el moho los destruyen, donde los ladrones perforan las paredes y se los roban. Más bien acumulen tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el moho los destruyen, ni hay ladrones que perforen las paredes y se los roben; porque donde está tu tesoro, ahí también está tu corazón. Tus ojos son la luz de tu cuerpo; de manera que, si tus ojos están sanos, todo tu cuerpo tendrá luz. Pero si tus ojos están enfermos, todo tu cuerpo tendrá oscuridad. Y si lo que en ti debería ser luz, no es más que oscuridad, ¡qué negra no será tu propia oscuridad!”. Mt 6, 19-23.**

No nos equivocamos si resumimos la vida del ser humano es una progresiva búsqueda de tesoros. Desde bien pequeños la curiosidad, los sentidos, el fijarnos en nuestros mayores, nos hace fijarnos en un mundo que nos ofrece un montón de posibilidades para mejorar y ser felices. El punto de partida debe ser nuestra conciencia de ser incompletos. No están en nosotros mismos los recursos necesarios para desplegar la vida a su mayor potencia. Va creciendo progresivamente lo que consideramos tesoro. Y vamos experimentando también con nuestro crecimiento las primeras decepciones, lo que deseamos y no tenemos, lo que nos gustaría ser y nos vemos incapaces, las cosas que nunca viviremos. Y aprendemos a vivir con los límites y con la experiencia de la frustración. Que nos digan no es doloroso, pero forma parte de nuestro proceso de crecimiento. Cuando todo es «sí», nos volvemos unos caprichosos, unos malcriados y nos suele pasar que la sobreabundancia de facilidades nos convierte en seres sin estructura, sin fortaleza. Las negatividades y las hostilidades son fuente de fortaleza y de enraizarse en la vida.

**“Desde el cielo se fija el Señor mirando a todos los hombres. Desde su solio observa a todos los habitantes de la tierra: él, que modeló cada corazón y conoce todas sus acciones.” Sal 33,13-15.**

El tesoro de nuestra vida somos nosotros mismos, así lo ve nuestro Dios, hijos amados en quien se complace. Es todo el amor, toda la historia de amor que supone cada una de nuestras biografías. Es cierto que hay barro. Es cierto que en nuestras familias de origen no siempre han sabido mirarnos como un regalo o un tesoro. Hay barro, hay barro en cómo nos han tratado, y si somos sinceros, en cómo hemos tratado nosotros a otras personas que se han acercado a lo largo de nuestra vida y no se han llevado la mejor versión de nosotros mismos.

*Si para recobrar lo recobrado, debí perder primero lo perdido, si para conseguir lo conseguido tuve que soportar lo soportado, si para estar ahora enamorado, fue menester haber estado herido, tengo por bien sufrido lo sufrido, tengo por bien llorado lo llorado. Porque después de todo he comprobado que no se goza bien de lo gozado sino después de haberlo padecido. Porque después de todo he comprendido por lo que el árbol tiene de florido vive de lo que tiene sepultado.*

Cuantas de nuestras historias está marcadas por la falta de entender a nuestro pobre corazón. Es el verdadero tesoro que se ve envuelto de barro. Nuestra estima, nuestra valoración depende en gran medida de la opinión que los demás tienen sobre mí. De las notas del colegio, de los éxitos deportivos, de lo popular y solicitado, o de lo solo que vivo, lo invisible que soy para mi entorno.

**Cómo podemos vivirlo.** Termino expresando mi convicción de que algo muy grande nos está esperando. La belleza de un paisaje depende el 50% del paisaje. Y el otro 50% de los ojos que lo miran. Es cierto que el pesimismo se puede pegar a nuestras almas y condenarnos a una vida tan informada, tan llena de datos y de estadísticas que nos condene a una tristeza crónica. Pero el tesoro está emergiendo, a lo mejor en lo profundo del barro, como las mejores flores que crecen desde el fango. Y no hay fuerza humana, ni coaliciones, ni lobbies, que impidan la llegada diaria del sol que alumbra, y da calor, y la luna de noche que acoge el sol y lo comparte.